

deraciones políticas, que son de índole y de naturaleza más alta, y que las consideraciones políticas aconsejan hoy imperiosamente interesar en la defensa, desesperada si fuera menester, del territorio español á las provincias de Cataluña.

Por esta misma razón creo urgentísimo dar una solución, é inmediata, á la cuestión de los fueros de las provincias vascongadas; mi opinión es que, en todo caso y en cualesquiera circunstancias, será cosa, no sólo justa, sino también conveniente, la conservación, un tanto modificada, de esos antiquísimos fueros, que forman una parte esencial de nuestras glorias nacionales. No me sería difícil demostrar que todas las razones alegadas en contra de su conservación no son otra cosa sino la expresión de instintos niveladores y revolucionarios. Sea de esto empero lo que quiera, y aunque se dé por sentado que los fueros son una cosa detestable, pareceme á mí que, en las circunstancias en que puede hallarse la nación, de quien las provincias vascongadas son como la fortaleza, destruirlos, ó siquiera aminorarlos, sería grandísimo error y notorio desacierto.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 15 de Abril de 1851.

Muy señor mío: La mudanza de Ministerio ocurrida aquí últimamente no ha producido mudanza ninguna esencial en el semblante de las cosas públicas. El Ministerio se compone de personas que todas han servido en calidad de Consejeros al Presidente de la República, si se exceptúa M. de Crousehilles, que entra por primera vez en el Gabinete como representante de los legitimistas moderados. El elemento, sin embargo, que prevalece en la actual combinación es el del último Ministerio, que dejó el poder á consecuencia de una votación célebremente hostil de la Asamblea Nacional.

Considerado el Ministerio en sus relaciones con el Presidente, no es más que la continuación de los Ministerios anteriores, adictos á su persona. Considerado en sus relaciones con la Asamblea Nacional, deja en pie, como los otros, todos los gérmenes de discordias que la desconfianza ha venido acumulando entre los poderes públicos. Considerado con respecto al país, representa una fuerza mayor de represión que los Ministerios anteriores. Considerado, por último, en sí mismo, y en su composición y estructura interior, se echa de ver desde luego que no hay en él la homogeneidad que fuera de desear y que es de todos apetecida: entre M. Baroche, ministro de Negocios Extranjeros, y M. Fauchet, ministro de lo Interior, hay una desconfianza mal encubierta, y una rivalidad latente: ambos aspiran á retener en su mano la dirección suprema de los negocios públicos. M. Baroche funda sobre todo en su privanza con el Presidente sus altas pretensiones: M. Fauchet en su capacidad reconocida y en su energía á toda prueba. Estas



divergencias entre los dos personajes más importantes del Gabinete actual, neutralizarán probablemente la energía que está destinado á desplegar en estas tristes y difícilísimas circunstancias.

La cuestión suprema, ahora como antes, es la revisión de la ley fundamental del Estado. En este punto el Presidente no puede ceder ni abdicar, y no abdicará nunca. Vista la imposibilidad de reunir la mayoría exigida por la ley, el Presidente acudirá á la presión exterior para conseguir á lo menos la mayoría ordinaria: con este propósito procurará promover discusiones, peticiones y resoluciones por parte de los Consejos generales. Si consiguiera la mayoría ordinaria, procuraría ser reelegido á pesar de la Constitución; seguro de que esa mayoría no anularía los votos que le sean favorables, como nulos según el tenor de la Constitución vigente: si no obtuviera, ni la mayoría que la Constitución exige, ni la ordinaria, acudiría probablemente á un golpe de Estado que consistiría en un llamamiento directo al sufragio universal. El Presidente, sin embargo, no acudirá á este remedio heroico sino en el momento supremo y en la última hora: su sistema consiste en aguardarlo todo del tiempo, seguro como cree estar de que el tiempo es su verdadero ministro. Según todas las apariencias, se propone averiguar por medio de una experiencia soberana si la fortuna en último resultado sigue la bandera de los flemáticos ó la bandera de los audaces: él ha escogido la primera y ha desechado la segunda.

Entretanto, una calma aparente y engañosa se extiende por las regiones políticas. El Ministerio no se atreve á romper lanzas con la Asamblea, ni la Asamblea insiste en su antigua pretensión de un Ministerio parlamentario. Esta calma cesará cuando comience la presión exterior que el Ministerio promueve, y cuando se ponga á la orden del día la gran cuestión que agita hondamente á la sociedad, que trae inquietos los ánimos y cavilosos á los partidos. La calma no durará, cuando más, sino el breve espacio de tiempo que nos separa de Junio.

Sin embargo de todo esto, y á pesar de todo esto, yo insisto en creer que esta cuestión, con ser temerosa y grave, ni es la más grave ni la más temerosa. Con el Presidente actual y sin el actual Presidente, la sociedad está perdida si de las urnas electorales sale una Cámara roja; con el Presidente actual y sin el actual Presidente, la Francia puede disfrutar aún algunos días de reposo si una Cámara moderada es el resultado de las próximas elecciones.

Ahora bien, amigo mío; visto el estado de disolución inminente en que están en Francia todos los partidos llamados *conservadores*, un estremecimiento de terror sorprende al ánimo más resuelto. Un análisis rápido del estado interior de estos partidos pondrá á Ud. en el caso de comprender hasta qué punto son legítimos estos hondos terrores.

La Francia tiene necesidad de una Monarquía, y se le ofrecen dos para que escoja: ninguna de ellas puede venir, ninguna puede durar si viene, y ningún Gobierno es Gobierno verdadero si no dura. Yo he visto en sus partidarios lo que sería la Monarquía legítima, y no sería otra cosa sino la Monarquía de los salones. He visto en sus partidarios lo que sería la Monarquía de la familia de Orleans, y no sería otra cosa sino la Monarquía de algunos ricos satisfechos. He visto en sus partidarios lo que sería el Imperio, y no sería otra cosa sino un edificio sin cimientos para sostenerse una semana.

Cada uno de estos partidos está acometido interiormente de hondas é irremediabiles divisiones. Entre los legitimistas, hay unos que, salvo el principio de la legitimidad, aceptan todos los principios de la Revolución, viniendo á ser de esta manera monarquistas y revolucionarios: otros hay que intentan pararse en la Monarquía legítima y parlamentaria: otros, en fin, que quisieran restaurar la Monarquía legítima absoluta. Según que estas opiniones prevalecen en los altos Consejos del conde de Chambord varía su política, recorriendo todas las escalas posibles, desde el Manifiesto casi absolutista de Wiesbaden, hasta el último manifiesto dirigido á M. Berryer, que es



un Manifiesto cuasi revolucionario. Cuando prevalecen las ideas parlamentarias, M. Berryer es el jefe; cuando prevalecen las cuasi absolutistas, M. Saint-Priest es el alma del partido; cuando las ideas revolucionarias llegan á prevalecer, la *Gaceta de Francia* y M. de La Rochejaquelein cantan un himno de triunfo. Entretanto el partido, considerado en general, carece de jefes, y de una política fija y constante. Este partido es aborrecido de las clases medias, y se nutre exclusivamente de las clases aristocráticas, cuasi extinguidas ya, y de aquella fracción de las clases populares que aún no ha sido infestada por el contagio socialista.

El partido orleanista está disuelto de todo punto. Los más ricos é industriosos de las clases acomodadas comienzan á calcular si no les sería más conveniente consolidar lo que existe que arrojarse á la merced de los azares en busca de aventuras; los demás se han puesto en dispersión, refugiándose unos bajo la bandera legitimista, siguiendo otros la parcialidad de los republicanos moderados; no faltando entre ellos quienes, temerosos de perderlo todo, si no se adelantan á los sucesos, se han pasado á los reales de los socialistas, que, á su modo de ver, son los futuros vencedores. En general, los Gobiernos que se apoyan en las clases medias están más sujetos que los otros á un abandono completo, siendo estas clases incapaces, por su organización interior, de todo género de culto, de abnegación y de sacrificio.

Agregue Ud. á estos partidos el bonapartista, y ya tiene completo el cuadro de todos los que aspiran á gobernar á la Francia, á impedir las sacudidas de la gran revolución que viene ya estremeciendo todos los cimientos sociales, y á fijar para siempre la rueda instable de la fortuna. Calcule Ud. si con estos elementos de resistencia hay motivos más que suficientes para no aguardar confiados el porvenir.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 1.º de Mayo de 1851.

Muy señor mío: Los sucesos principales que en estos últimos quince días han llamado la pública atención, son: primero, una entrevista de M. de Persigny con el general Changarnier, de que han hablado contradictoriamente los periódicos; segundo, la formación de un *Comité* fusionista, formado por algunos legitimistas templados y por los Sres. Guizot y Duchatel, cuyo órgano en la prensa es el periódico que se intitula *La Asamblea Nacional*; tercero, la presión que se intenta ejercer sobre la Cámara por medio de las peticiones comunales en favor de la revisión de la Constitución; cuarto, los manifiestos socialistas.

Por lo que hace á la entrevista de M. de Persigny con el general Changarnier, es un hecho indudable: el objeto de M. de Persigny fué reconciliar al General con el Presidente; el resultado ha sido hacer la separación más profunda. Esto se sabe de público: lo que el público ignora y lo que yo creo saber, es que, después de grandes vacilaciones, el General ha concluído por poner su espada y su persona á la disposición del duque de Burdeos; este suceso es de la mayor importancia si se atiende á la posición eminente del General, y á la seguridad de que han de venir acontecimientos que pongan hasta cierto punto en sus manos el destino de la Francia.

— La formación del *Comité* fusionista, y los artículos notables que se publican diariamente en el periódico que es su órgano, si no han hecho más realizable que antes lo era la fusión, han hecho por lo menos una sensación profunda en todas las clases



de la sociedad, y han inclinado los ánimos á la discusión seria y concienzuda de la solución propuesta.

Los Manifiestos socialistas publicados en los periódicos son como los anuncios de las catástrofes que vienen sobre la Francia. No quiero decir con esto que esas catástrofes vengan de seguida; creo, al revés, que los partidos se mirarán una y otra vez antes de venir á las manos, y este mutuo recelo sirve para explicar la calma de mala especie que hoy existe, y que puede prolongarse aún por algún tiempo.

La presión comenzada á ejercer sobre la Asamblea por medio de las peticiones de los Departamentos, dirigidas á que la Constitución se revise, no tiene visos de adquirir proporciones formidables.

Entretanto, la cuestión de la revisión es más oscura que nunca. A la hora en que escribo á Ud., el partido legitimista no sabe si ha de votar la revisión, ó si ha de desecharla; empero, ya la vote, ó ya la deseche, la revisión no alcanzará nunca en la Asamblea la mayoría de las tres cuartas partes de votos exigida por la ley. La cuestión, por tanto, se está siempre en el mismo ser y en el mismo punto. El Presidente y la Asamblea tendrán que optar entre la prolongación de la crisis hasta 1852, en que expiran los poderes presidenciales, ó un golpe de Estado, sin que, ni la Asamblea, ni el Presidente, ni la Francia misma sepan cómo salir sin lesión de este tremendo dilema.

Las grandes discusiones sobre la revisión no comenzarán probablemente hasta los últimos días del próximo Junio. Probablemente hasta la víspera de la votación ningún partido sabrá cuál ha de ser su voto, y ninguno prevé cuáles han de ser las consecuencias de lo que los partidos acuerden y de lo que la Asamblea determine.

Entretanto el partido orleanista pierde terreno, el Presidente ó le pierde ó no le gana, y el legitimista compensa lo que gana con lo que pierde; por una parte gana á Changarnier, que es mucho; pero, por otra, pierde cada día más aquella conciencia segura de cuáles son sus verdaderos fines,

y cuáles sus verdaderos medios, sin la cual no puede concebirse la existencia de un partido influyente y poderoso; en la misma anarquía que está el partido está su cabeza, la cual se mueve al hilo de todos los vientos: hoy vienen instrucciones favorables á la revisión, mañana vienen contrarias; hoy se recomienda la continuación provisional de lo provisorio, mañana se aconseja caminar en pos de lo definitivo, exponiéndose de esta manera á tener contra sí lo definitivo y lo provisorio.

El partido revolucionario ignora también lo que hará y, hasta cierto punto, lo que quiere; pero tiene el instinto, y no se engaña, de que todos los otros trabajan por él y para él, y de que la fuerza irresistible de las cosas lleva el poder á sus manos.

Tal es, amigo mío, el fiel y triste cuadro de las cosas francesas. Todas las altas inteligencias de la Francia han acabado por abdicar, reconociéndose á sí mismas como incapaces de encontrar, para la enfermedad sin nombre que la Francia padece y que ataca á la vez todas las fuentes de su vida, un remedio cualquiera.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.



PARÍS, 7 de Mayo de 1851.

Muy señor mío: Los grandes acontecimientos se acercan, y va á sonar la hora en que el destino de esta sociedad se decida. Una noticia gravísima que podrá ser sabida de todos mañana, pero que nadie sabe hoy sino el Gobierno, otra persona y yo, me impele á escribir á Ud. esta carta extraordinaria.

El conde de Chambord y el duque de Nemours han tenido una entrevista, de la que han salido los dos extremadamente contentos.

El Gobierno francés, alarmado, ha pedido una conferencia á la persona á quien se ha comunicado este suceso, el cual la ha aceptado para el domingo próximo. Es posible, y aun probable, que se trate, por parte del Gobierno francés, de una transacción que no creo hacedera.

Entretanto otra fusión diferente se prepara: la que consiste en unir á orleanistas y legitimistas en la Asamblea contra las aspiraciones presidenciales. El general Changarnier es el centro de unión de estos grandes partidos de la Cámara.

Por su parte, el Presidente está resuelto á no dejar el poder, y para mí no es cosa que ofrece ningún género de duda que acudirá á un golpe de Estado para prorrogarle cuando vea que ni la Asamblea Nacional ni el pueblo están dispuestos á dar el golpe por su cuenta.

La gran discusión comenzará á mediados de Junio: la presión departamental ha comenzado ya. La inutilidad de estos esfuerzos estará demostrada para Agosto. En esta época no

extrañaría yo ver al Presidente fortificado en Vincennes, á Changarnier nombrado general de la Asamblea, y una batalla decisiva en la capital. El vencedor, cualquiera que sea, será probablemente, por el momento á lo menos, señor de los franceses.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 15 de Mayo de 1851.

Muy señor mío: Por todo cuanto llevo dicho á Ud. relativo á las cosas de Francia, se habrá enterado del carácter cada día más amenazador y sombrío que presenta la crisis en que esta noble y desventurada nación está metida. No solamente los partidos, disueltos y en dispersión, van publicando ellos mismos su impotencia, sino que hasta las fracciones en que estos partidos se subdividen tienden á subdividirse también, hasta el punto de ofrecer el espectáculo de discordias que van haciéndose inextinguibles, y de odios que se han hecho ya incurables. Para que sirva de ejemplo citaré al partido orleanista, el cual se ha dividido en tres fracciones: una de ellas acepta la República como el menor de los males posibles: otra sigue la bandera de la Revolución como la mejor de todas las soluciones: otra, en fin, sigue constante en el propósito de restaurar á aquella familia desventurada. Como si este fraccionamiento no fuera suficiente, la familia misma que representaba la unidad del partido cuando tenía un jefe común, que era su centro, después de la muerte de Luis Felipe se ha dividido también en dos parcialidades contrarias: por un lado el duque de Nemours